

IMAGEN DIGITAL: parte 1

EL AVANCE DE LA IMAGEN DIGITAL

Doifel Videla

Abril, 2001

La respuesta del mercado no se ha hecho esperar mas allá de las estimaciones mas prudentes, el público ha comenzado finalmente a consumir de manera masiva los productos asociados a la creación de imágenes digitales, equiparándose con el consumo tradicional. Básicamente cámaras vídeo en formato DV y cámaras fotográficas de 1, 2, 3, 4 y 5 millones de pixeles. Las revistas especializadas en fotografía han ido remplazando poco a poco el contenido de sus artículos sobre fotografía tradicional, por otros sobre el mundo de la imagen digital. Ahora se habla de formatos, impresoras, programas de edición de imágenes, plug-in, compresiones, etc., participando de manera entusiasta a este nuevo vocabulario.

La realidad esta cerrando de manera imperiosa el debate sobre la pertinencia del uso de tal material, pues la pregunta: ¿Digital o análogo? Solo va quedando relegada al público no enterado, por la simple razón que los fotógrafos profesionales y aficionados están demasiado ocupados probando sus nuevas adquisiciones.

Tal como, hace un siglo, la primera cámara fotográfica provista de rollo de película —llamada “Kodak”—, inauguró el siglo XX bajo los auspicios de George Eastman, las cámaras digitales japonesas han marcado en fuerza el comienzo de este siglo. Si para algunos aún caben dudas, es necesario recordarles que raramente los fenómenos decisivos han sido identificados por el amplio público en su debido momento. Sin embargo, el desplazamiento hacia lo digital no es nuevo, ni aún menos imperceptible. Y tal como la cámara Kodak hizo prácticamente desaparecer la industria de la película en placa, la nueva tecnología está comenzando a cuestionar la supervivencia de la industria del rollo de película y por ende, de las cámaras tradicionales.

Presencia de las imágenes digitales

Desde que la aparición de grandes estaciones de trabajo, escáners y programas llamados “desktop publishing” eliminasen, en el tratamiento de pre prensa el proceso de fotomecánica en las imprentas, la imagen digital ha estado presente en nuestro cotidiano. La transformación generalizada, que tuvo lugar aproximadamente a partir de 1984 —recordemos en ese año la aparición del Mac, con ventanas y ratón (interfase gráfica), y de la empresa de software Aldus— hizo que, en desconocimiento del público, todas las imágenes que pueblan diarios y revistas hayan comenzado a ser imágenes digitales por exigencia de tales programas de edición gráfica computarizada. Simplemente cada fotografía, cada negativo y cada diapositiva publicada aproximadamente a partir de aquella fecha, fue previamente digitalizada, o sea transformada en una imparcial continuidad de unos y ceros. Desde

esa época cualquier imagen que hayamos percibido en un medio impreso, era por fuerza ya una imagen digital.

Desde que entraron en escena los escáneres —suerte de micrófonos visuales—, que captan las imágenes análogas y que con ayuda de un software las registran digitalmente, los cuartos oscuros de fotomecánica desaparecieron de las imprentas, y la imagen fue digital de una vez para siempre. Photoshop, el programa profesional más utilizado en el tratamiento de la imagen digital, reemplazó a tales cuartos y sus emanaciones de dudosa salubridad, simulando al infinito las posibilidades de manipulación de las imágenes, realizadas hasta la fecha solo por manos expertas.

El nivel de productividad que se alcanzó con programas como Photoshop, fue enorme, desde el tratamiento automático de grandes lotes de imágenes hasta el trabajo “personal” sobre cada una de ellas. Los nuevos operadores de Photoshop, cuya función primordial sería la puesta en buen estado de las imágenes: eliminando trazas de polvo y ralladuras, equilibrando colores, modificando la saturación y el contraste y un sinnúmero de variables más, no se arredraron tampoco frente a la necesidad de alterar pura y simplemente los originales, a través de la eliminación, adición o transformación de elementos.

El estudio digital

Ya no es para nadie un misterio que la música que escuchamos en CDs es “arreglada” en los estudios de grabación, donde se agregan, —en decenas de “canales” simultáneos— instrumentos, coros y voces que jamás estuvieron juntos. Que entre un disco (CD) y la realidad dista una enormidad y que la fabricación de tal producto es solo posible en el ambiente virtual del estudio. Solo allí es posible, por ejemplo, que un solo músico toque diez instrumentos, haga el coro y cante de manera “simultánea”. Photoshop, a nivel del tratamiento de las imágenes, es el equivalente más cercano. Trabajando en “capas”, este programa y otros similares, puede ayudar a crear una imagen a partir de decenas de imágenes independientes tomadas por diferentes fotógrafos, en lugares y épocas totalmente distintas, siendo el resultado de tal cirugía (según la habilidad del operador) perfectamente coherente.

El invento de las cámaras digitales, que poseen un chip fotosensible, en el lugar donde antes se encontraba el rollo de película, encuentra también muchas comparaciones con el mundo de la música. Un buen ejercicio puede ser el de compararlas con la aparición de órganos y guitarras eléctricas. Sabemos que a partir del momento en que a los instrumentos se les agregó un micrófono unido a un amplificador, la música no fue nunca más la misma, aunque no faltaron tampoco los que le decretaron una muerte precoz. En contra se avanzaron aproximadamente los mismos argumentos que hoy se esgrimen para poner en duda la importancia de las cámaras digitales, a saber: que “no eran lo mismo” que los instrumentos tradicionales o que eran ... “inferiores” en calidad. El argumento tenía en parte razón, pues evidentemente no son lo mismo, y cada vez lo serán menos pues su naturaleza es esencialmente diferente. Sin embargo tal visión cortoplacista faltó un tanto de perspectiva. Ha sido un error común el de algunas revistas fotográficas de concentrarse en un

improbable duelo “digital versus analógico” en cuanto a la “resolución” de las imágenes, como si el patrón de tan radical cambio todavía estuviese siendo dictado por el tamaño del grano del soporte o por el hecho de ser este cuadrado y limpio en lugar de redondo y sucio: píxeles vs. grano.

Recuerdo en mis años de adolescencia haber jugado con un curioso accesorio infaltable en las primeras guitarras eléctricas y que, para alguien educado en la tradición de las tonadas y otra música popular, era algo absolutamente sensual: el Wa-wa. El Wa-Wa, consistía en un pedal variable, que conectado a la guitarra eléctrica por medio de un cable, permitía saturar y variar el sonido de ésta, constituyendo una experiencia novedosa por cuanto permitía tocar la guitarra con ... el pié. Visto desde nuestra perspectiva, podríamos definir actualmente al Wa-Wa como un una “extensión” y la importancia de ver las cosas de este modo, es que nos permite comprender que un cambio en la naturaleza de un objeto, bien puede tener repercusiones de un alcance, aún insospechado, en el momento en que recién se inicia. Ha sido, su naturaleza electrónica, la que ha permitido a los instrumentos modernos desarrollar la música que hoy escuchamos. En este sentido, pienso que lo mas importante de las cámaras digitales, no es la cantidad de millones de pixeles que puedan registrar, sino las posibilidades que ofrecen dada su naturaleza digital y por su capacidad de prolongarse en un sistema de extensiones que amplían y varían sus capacidades.

Naturaleza de la imagen digital

Vendrá seguramente el momento en que, habiendo adquirido su derecho a ciudadanía a través de una respetable cantidad de pixeles, que les permita humillar de una vez y para siempre a los rollos de película, la potencialidad de la naturaleza digital se hará mas evidente y le permitirá expresarse mas allá de los tests comparativos. Tales posibilidades tienen que ver con varias de las constantes novedosas del mundo digital:

- **La convergencia de fuentes** (texto, imagen, sonido, animación)
- **La configuración** (elegir el tamaño, la sensibilidad, la temperatura color, el nivel de compresión, etc.),
- **La manipulación *in situ*** de tales registros (color, brillo, contraste, etc.).
- **La transmisión** (cable, módem, inalámbrico, etc.).

Esto, sin nombrar los cambios en la conducta del operador de la cámara, dada la relación diferente que se establece con dicho material y de lo cual hablaremos mas tarde.

Cuando los expertos por fin abandonen las comparaciones entre las fotos con grano y las fotos con pixeles, nos daremos cuenta de algo muy importante, y es que la posibilidad de usar la cámara como agenda, teléfono, reloj despertador y player MP3 no es lo esencial. Muy improbablemente al público le importa saber que hay dentro de una guitarra o un teclado eléctrico y si se les puede agregar o no un teléfono o si se puede ver Internet con ellos. Lo que al público le interesa es experimentar lo que se esta creando con dichos instrumentos, a saber: la música. De igual modo, lo importante en la fotografía de hoy es percibir el cambio radical en la relación que estableceremos con la imagen,

donde, en un futuro muy cercano, la creación será casi enteramente digital. Estoy seguro que la diferencia no será menos espectacular que entre el “Concierto de Aranjuez” de Joaquín Rodrigo y el “Himno de los EEUU” de Jimmy Hendrix.